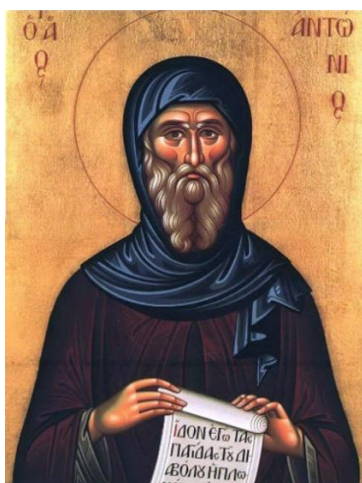


## Tema 13. Monacato en Oriente y Occidente

Las persecuciones y la era de los mártires no solo habían fortalecido a las comunidades, sino que también hacían resaltar mucho más las diferencias entre la vida cristiana y la vida del mundo. El origen del monacato cristiano fue un tema que durante mucho tiempo se discutió con tal de verificar si surgió en la misma época de los Apóstoles instituido por el mismo Jesucristo o si fue parte de un desarrollo posterior. En cualquier caso, podemos estar seguros que los fundamentos de la vida monacal se encuentran en la misma enseñanza de Cristo.

Desde tiempos tempranos, hubo hombres que vivían una forma de espiritualidad particular al estar separados del mundo, como parte de un proceso de contemplación y unión con Dios. Podemos creer que el monacato se estuvo gestando desde el siglo I hasta el siglo IV en que vivió un crecimiento exponencial siendo dotado de una organización formal en el seno de la Iglesia que ya no era perseguida. De esta forma, el monacato aparecía como un fenómeno que movía a una importante cantidad de personas a una vida ascética.

Las grandes manifestaciones de esta espiritualidad se dieron hacia la primera mitad del siglo IV en Egipto. San Antonio el Grande (251-356) congregó un gran número de discípulos que habitaron los desiertos viviendo en silencio y soledad. Dentro de no mucho tiempo, ya eran miles los anacoretas que vivían en cuevas o cabañas aislados del mundo.



San Antonio el Grande

En el Bajo Egipto, San Pacomio ponía los fundamentos para la vida cenobítica. Mientras los anacoretas vivían en soledad, los monjes pacomianos vivían juntos en grandes monasterios y algunas comunidades llegaban a contar cientos de miembros. Esta vida en comunidad habría de ser regulada por medio de normas escritas y así surgió la «Regla de San Pacomio». Las reglas fueron parte esencial para el funcionamiento de la institución monástica.

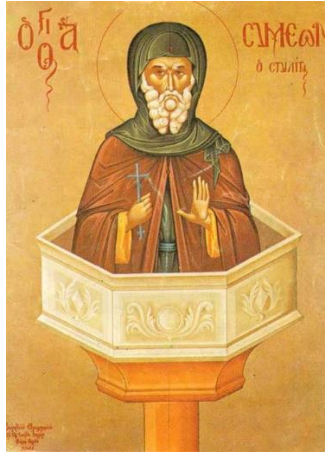
Este movimiento ascético llegó también a otras partes de Oriente. En Asia Menor, uno de sus principales promotores fue San Basilio el Grande (330-379), quien también redactaría algunas directrices para favorecer una correcta vida en comunidad. En Siria y Palestina, se difundiría especialmente el modo de vida anacorético. Ahí, destacaron especialmente San Efrén el Sirio (306-373), quien además de dirigir a los ascetas de las montañas de Edesa, fue un importante himnógrafo y San Sabas (439-532) junto a los solitarios en el desierto de Judá.



San Efrén y San Sabas

Algunos anacoretas sirios se hicieron particularmente conocidos por su forma de vida. Fueron sobresalientes los «Estilitas» («stylos», columna), muchos de ellos seguidores de San Simeón el Estilita, quien pasó 37 años en lo alto de su columna, cerca de Antioquía.

En el mundo griego, la vida monástica se insertó incluso en las grandes ciudades. Para el reinado de Justiniano, Constantinopla tenía más de 80 monasterios, siendo el más famoso el de Stoudios, cuyos monjes tendrían un importante rol en la historia de la iglesia bizantina.



San Simeón el Estilita

En el Occidente cristiano, una carta de San Agustín de Hipona fue adaptada como una regla monástica en el norte de África. El destierro de San Atanasio en Tréveris fue una oportunidad para dar a conocer la espiritualidad monástica egipcia en el Occidente. San Martín de Tours promovió algunas comunidades en la Galia como la de Ligugé. Habría un foco de ascetismo en el sur de la Galia, con San Honorato fundando el monasterio de Lerins y San Juan Casiano y sus fundaciones en Marsella. En Italia, la espiritualidad oriental encontraría también su lugar. Desde el siglo IV, se hizo notar la influencia de San Atanasio, San Jerónimo, San Eusebio de Vercelli o San Ambrosio de Milán. Sin embargo, el fundador más conocido fue San Benito de Nursia (480-547), quien fundaría una docena de comunidades, siendo la más famosa la de Montecassino en el sur de Italia. Hacia el final de su vida, San Benito redactaría una regla que se convertiría en el texto que más inspiró el monacato en Occidente y las futuras fundaciones de distintas órdenes latinas.



San Benito de Nursia